

plaza publica para la edición del 16 de marzo de 1993

% Campaña en el Ecomex

% Tres fuertes candidatos

miguel ángel granados chapa

Con la designación, anteayer domingo, del candidato panista a la gubernatura del estado de México, se integró el elenco de los verdaderos contendientes por ese cargo. Aunque habrá mas de media docena de aspirantes, por su propia personalidad, y por la presencia de sus partidos en la entidad, quienes fueron postulados por el PRI, el PRD y el PAN integran el trio que hará mover las conciencias de los votantes mexiquenses... si es que los tres no resultan vencidos por el abstencionismo.

En el último decenio, el estado de México ha tenido cuatro gobernadores, dos elegidos y dos interinos. Los dos primeros, Alfredo del Mazo y Mario Ramón Beteta, llegaron desde fuera de la entidad, si bien el primero compensaba tenuemente, con su nombre —el de un antiguo gobernador de la entidad, su padre— su completa falta de relación con el estado... y con la política, pues había elegido dedicarse a las finanzas privadas durante la mayor parte de su vida profesional previa. Del Mazo ingresó al gabinete federal y dejó en su lugar a su tocayo Baranda, en una decisión que todavía hoy no se explica nadie. Beteta, en cambio, fue desde el comienzo de su carrera miembro del selecto cuerpo formado en el Banco de México. Financiero público por definición, que tardía y brevemente llegó a una Secretaría de Hacienda cuya titularidad le estaba fatalmente destinada, no resistió la tentación de ser gobernador. Altamente calificado para el manejo de la economía pública, pues combinaba la destreza técnica con la

conciencia del Estado que es exigible en el funcionario gubernamental, carecía de antecedentes, y probablemente de interés, en los asuntos puramente políticos y, más aún, en los electorales. Por añadidura, no había nacido en el estado de México, y su vinculación con esa entidad derivaba de la posesión de una propiedad rural. Eso originó el surgimiento de una figura chusca, derivada de la noción romana del jus soli, el derecho que da nacer en un suelo determinado, a la que se denominó jus ranci. De cualquier modo, Beteta aprovechó bien la ocasión que le deparaba el hecho de que un antiguo subordinado suyo, Miguel de la Madrid, fuera el Presidente de la República. Fue elegido sin problemas mayores, y desempeñó su cargo con prudencia y diligencia, si bien repelido por la clase política mexiquense, solidamente unida por una argamasa formada de tradiciones, conciencias e intereses. En 1988, los electores mexiquenses contaron entre los más señalados votantes en favor de la oposición, de modo que Beteta quedó marcado para seguir el camino de Xicotécatl Leyva y Luis Martínez Villicaña. A su propia debilidad, esos gobernadores de Baja California y Michoacán añadieron la culpa de ser incapaces de mantener la hegemonía priista en sus entidades, y tuvieron que renunciar, para que el aparato político estatal se reforzara. Cuando semejante diagnóstico alcanzó a Beteta, lo reemplazó Ignacio Fichardo Pagaza. También ex secretario de Estado, y asimismo dotado de experiencia en la administración fiscal, el ahora gobernador tuvo ostensiblemente como tarea primordial reconstruir las bases del dominio del PRI en la entidad. Aunque ya hubo elecciones locales en 1990 y federales en 1991, y en ambas mejoró notablemente la

posición gubernamental respecto de 1988, la verdadera prueba de la reconstitución del control oficial ocurrirá el cuatro de julio próximo, de cara a los comicios presidenciales del año próximo. Las tres principales formaciones partidarias ven en el estado de México una potencial reserva, de cinco millones de votos posibles, cuya conquista es prioritaria.

Mediante el método que el terco vulgo sigue empeñado en llamar dedazo, tal vez porque no percibe que sea diferente de las decisiones verticales a las que se ha llamado así, el partido hasta ahora del gobierno designó candidato a Emilio Chuayfett Chemor, que combina oriundez y experiencia política local —fue alcalde de Toluca, y secretario de gobierno y de educación—, con proyección federal. Esta última, que le propició ser candidato, es también su obstáculo, pues su firma como director general del IFE, y su nombre, figuran en las credenciales que presentarán los mexiquenses a la hora de votar. Alejandro Encinas, el aspirante escogido por el PRD en un cotejo con otras precandidaturas, es uno de los mejores cuadros jóvenes del PRD. Procede de la izquierda comunista, y ha mostrado habilidad negociadora y de gestión al frente de una importante comisión en la Cámara de Diputados, la de asentamientos humanos y obras públicas. También miembro del poder legislativo federal, Luis Felipe Bravo Mena fue escogido candidato de Acción Nacional en su convención del domingo 14. Sin que se nos caiga la baba ante las puras formalidades democráticas, tiene miga el hecho de que Bravo Mena fuera orador, una semana antes de su propia elección, en favor de Alfredo Ling Altamirano, en el consejo nacional panista. Como se sabe, Ling perdió ante Carlos Castillo Peraza, presente como

nuevo líder nacional a la reunión panista donde se ungió a uno que no era su partidario. Bravo Mena fue ya candidato a diputado y a alcalde de Naucalpan, y en ambas oportunidades atribuyó su derrota al fraude. Luego, formó parte de la corriente dialoguista con el gobierno que le infirió esas lesiones. Veremos en qué pista corre ahora.

miércoles 16 marzo / 93

PLAZA PUBLICA

■ Campaña en el Edomex

■ Tres fuertes candidatos

Miguel Angel Granados Chapa

Con la designación, anteayer domingo, del candidato panista a la gubernatura del estado de México, se integró el elenco de los verdaderos contendientes por ese cargo. Aunque habrá más de media docena de aspirantes, por su propia personalidad, y por la presencia de sus partidos en la entidad, quienes fueron postulados por el PRI, el PRD y el PAN integran el trío que hará mover las conciencias de los votantes mexiquenses... si es que los tres no resultan vencidos por el abstencionismo.

En el último decenio, el Estado de México ha tenido cuatro gobernadores, dos elegidos y dos interinos. Los dos primeros, Alfredo del Mazo y Mario Ramón Beteta, llegaron desde fuera de la entidad, el bien el primero compensaba tenuemente, con su nombre -el de un antiguo gobernador de la entidad, su padre-, su completa falta de relación con el estado... y con la política, pues había elegido dedicarse a las finanzas privadas durante la mayor parte de su vida profesional previa. Del Mazo ingresó al gabinete federal y dejó en su lugar a su tocayo Baranda, en una decisión que todavía hoy no se explica nadie. Beteta, en cambio, fue desde el comienzo de su carrera miembro del selecto cuerpo formado en el Banco de México. Financiero público por definición, que tardía y brevemente llegó a una Secretaría de Hacienda cuya titularidad le estaba fatalmente destinada, no resistió la tentación de ser gobernador. Altamente calificado para el manejo de la economía pública, pues combinaba la destreza técnica con la conciencia del Estado que es exigible en el funcionario gubernamental, carecía de antecedentes, y probablemente de interés, en los asuntos puramente políticos y, má aún, en los electorales. Por añadidura, no había nacido en el estado de México, y su vinculación con esa entidad derivada de la posesión de una propiedad rural. Eso originó el surgimiento de una figura chusca, derivada de la noción romana del jus soli, el derecho que da nacer en su suelo determinado, a la que se denominó jus ranchi. De cualquier modo, Beteta aprovechó bien la ocasión que le deparaba el hecho de que un antiguo subordinado suyo, Miguel de la Madrid, fuera el presidente de la República. Fue elegido sin problemas mayores, y desempeñó su cargo con prudencia y diligencia, si bien repelido por la clase política mexiquense, sólidamente unida por una argamasa formada de tradiciones, conocencias e intereses. En 1988, los electores mexiquenses contaron entre los más señalados votantes en favor de la oposición, de modo que Beteta quedó marcado para seguir el camino de Xicoténcatl Leyva y Luis Martínez Villcaña. A su propia debilidad, esos gobernadores de Baja Califor-

nia y Michoacán añadieron la culpa de ser incapaces de mantener la hegemonía priista en sus entidades, y tuvieron que renunciar, para que el aparato político estatal se reforzara. Cuando semejante diagnóstico alcanzó a Beteta, lo reemplazó Ignacio Pichardo Pagaza. También exsecretario de Estado, y asimismo dotado de experiencia en la administración fiscal, el ahora gobernador tuvo ostensiblemente como tarea primordial reconstruir las bases del dominio del PRI en la entidad. Aunque ya hubo elecciones locales en 1990 y federales en 1991, y en ambas mejoró notablemente la posición gubernamental respecto de 1988, la verdadera prueba de la reconstitución del control oficial ocurrirá el 4 de julio próximo, de cara a los comicios presidenciales del año próximo. Las tres principales formaciones partidarias ven en el Estado de México una potencial reserva, de cinco millones de votos posibles, cuya conquista es prioritaria.

Mediante el método que el terco vulgo sigue empeñado en llamar dedazo, tal vez porque no percibe que sea diferente de las decisiones verticales a las que se ha llamado así, el partido hasta ahora del gobierno designó candidato a Emilio Chuayfett Chemor, que combina oriundez y experiencia política local - fue alcalde de Toluca, y secretario de Gobierno y de Educación-, con proyección federal. Esta última, que le propició ser candidato, es también su obstáculo, pues su firma como director general del IFE, y su nombre, figuran en las credenciales que presentarán los mexiquenses a la hora de votar. Alejandro Encinas, el aspirante escogido por el PRD en un cotejo con otras precandidaturas, es uno de los mejores cuadros jóvenes del PRD. Procede de la izquierda comunista, y ha mostrado habilidad negociadora y de gestión al frente de una importante comisión en la Cámara de Diputados, la de asentamientos humanos y obras públicas. También miembro del Poder Legislativo Federal, Luis Felipe Bravo Mena fue escogido candidato de Acción Nacional en su convención del domingo 14. Sin que se nos caiga la baba ante las puras formalidades democráticas, tiene miga el hecho de que Bravo Mena fuera orador, una semana antes de su propia elección, en favor de Alfredo Ling Altamirano, en el consejo nacional panista. Como se sabe, Ling perdió ante Carlos Castillo Peraza, presente como nuevo líder nacional a la reunión panista donde se ungió a uno que no era su partidario. Bravo Mena fue ya candidato a diputado y a alcalde de Naucalpan, y en ambas oportunidades atribuyó su derrota al fraude. Luego, formó parte de la corriente dialoguista con el gobierno que le infirió esas lesiones. Venemos en qué pista corre ahora.